



**DEFENSORES
AMBIENTALES**



Defensores Ambientales

HISTORIAS DE LUCHA EN MADRE DE DIOS

Defensores Ambientales

HISTORIAS DE LUCHA EN MADRE DE DIOS



05	Presentación
08	El escudo de la Reserva
17	Andrés Szabo
43	Isabel Yalico
71	Demetrio Pacheco
96	Entrevista a Luisa Ríos
108	El Comité de Gestión de la Reserva Nacional Tambopata
114	Entrevista a José Carlos Nieto
123	Nasbat Baca
151	Víctor Zambrano

Hace algunos años viajé con mi familia a la Reserva Nacional Tambopata. Además de ser una de las más lindas experiencias de vida de mis hijas, fue un viaje que movió mucho más mis ideas y mi corazón. Estaba compartiendo con ellas uno de mis lugares preferidos del mundo y sin lugar a dudas el más maravilloso. Mis pequeñas chapotearon en el río, se asombraron con los árboles gigantes, alucinaron con los colores y las formas de las flores, contemplaron el cielo azul, conectaron con la naturaleza. Estaban tan felices que no podían creer lo que estaban viviendo. “¿Esto es una película? ¿Mamá, esto es real?” Durante el resto de los días las veía feliz, entendiendo con orgullo y amor, que todo lo que las rodeaba era suyo, les pertenecía y tenían la obligación de cuidarlo, respetarlo y valorarlo. “Tambopata somos todos”, pensé. Y todo lo que vivimos es gran parte gracias al compromiso de un grupo de luchadores que arriesgan su vida, sus familias y todo lo que tienen, sin pedir nada material a cambio, solo libertad y paz.

Presentar este libro significa mucho para mí, no solo por la admiración y respeto que siento por cada una de las personas que van a conocer a través de él, sino también porque mi corazón está en Tambopata. Desde la primera vez que pisé Madre de Dios me conecté con este preciado lugar, un bosque único lleno de vida y de personas con historias inspiradoras. En este largo camino, he aprendido mucho de ellos, a quienes llamamos “nuestros defensores ambientales”. Hemos reído, caminado, conversado y vivido situaciones muy difíciles de riesgo constante. Pero ¿cómo no seguir en la lucha con tremendos ejemplos de vida, de dedicación, de amor? ¿cómo no seguir en la lucha si están ayudando a conservar este increíble lugar del mundo? Nuestro compromiso es seguir a su lado y luchar juntos en un solo frente. Es por eso que no puedo dejar de agradecer a la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental (SPDA), que está generando las condiciones necesarias para dotarlos de los máximos niveles de protección para la defensa de sus derechos.

Estas páginas son un homenaje a este grupo de personas que se ve representado en estas cinco historias que son guiadas por la responsabilidad, fortaleza, compromiso, orgullo, liderazgo y coraje. Hombres y mujeres llenos de ideales haciendo lo correcto por todos nosotros. Pero más allá de un reconocimiento, queremos protegerlos, luchar por sus vidas que están en peligro constante. Ellos son voces, ellos nunca han callado, no aceptaron perder ante la ilegalidad y mantienen, todas las mañanas al despertar, la esperanza de siempre ver correr ese río.

Muchas gracias a todas las personas que protegen la Reserva Nacional Tambopata. Queremos que cada vez seamos más los que nos preocupamos por nuestro entorno, por el lugar en el que vivimos, por nuestra naturaleza. Este es un llamado a la unión, a la solidaridad, y a libertad, para que nuestros hijos sigan creciendo en un mundo tan fantástico que no crean que solo es posible en las películas.

Silvana Baldovino

Directora

Programa de Biodiversidad y Pueblos Indígenas

Sociedad Peruana de Derecho Ambiental



El escudo de la Reserva

La Zona de Amortiguamiento de la Reserva Nacional Tambopata tiene una extensión de 230 mil hectáreas, limita en el este con el caserío Puerto Pardo, en la frontera con la República de Bolivia, y al oeste con la Asociación de Productores Agrarios “Las Palmeras”, colindante con Puno. Son más de 1500 familias las que se ven impactadas por las actividades que se realizan en esta zona, que es también el hogar de las cinco personas que conoceremos en este libro.

MADRE DE DIOS

ZONA DE AMORTIGUAMIENTO



● MADRE DE DIOS



●
PUERTO MALDONADO

RESERVA NACIONAL TAMBOPATA

BOLIVIA

PUNO













O1

El compromiso

ANDRÉS SZABO
COORDINADOR DEL COMITÉ DE GESTIÓN
“DE INCLEMENTE CAZADOR A GUARDIÁN DEL BOSQUE”

Andrés Szabo luce impecable. Polo blanco, pelo bien cortado y bigotes en forma de media luna. Este señor de 57 años tiene una mirada paciente, dulce y apacible. Te transmite la misma tranquilidad que tiene un cazador antes de dispararle a su presa en medio de la jungla. Su piel color caoba es consecuencia de todas las horas trabajando su chacra y también de todo el tiempo manejando su peque peque sin techo que lo cubra. Su apellido llama la atención y uno puede creer que es la traducción de algún poblado nativo en las profundidades de la selva amazónica.





Sin embargo, nada de eso. Esa palabra extraña para el castellano viene de Hungría, un lugar del mundo del que Andrés ha escuchado infinidad historias por su padre, que no solo cruzó el charco hasta aquí, sino que surcó ríos y trepó montañas para asentarse en un exótico rincón extremadamente lejos de casa que, sin querer queriendo, terminó volviendo su hogar.

PAPÁ DEL CAMPO

Si buscas en las páginas blancas de Perú, solo hay dos Szabo, uno de los apellidos más comunes en Hungría, así como decir Quispe, Sánchez o García en nuestro país. El padre de Andrés, el señor José Szabo Weres, llegó a esta parte del mundo con 29 años escapando después de la Segunda Guerra Mundial, donde murieron cuatro hermanos junto a casi 400 mil húngaros, entre civiles y soldados. Solamente sobrevivió él y otro hermano, del que luego nunca más supo.

Luego de estar agonizando de neumonía como prisionero de guerra en París durante cuatro años, decidió escapar y buscar suerte en un lugar del mundo donde nadie lo conociera. Tenía un primo que era marino mercante en Argentina y tomó un barco hacia allá. Cuando llegó, solo pudo quedarse unos días. Un error en sus trámites, lo obligó a salir y buscar suerte en Bolivia. De esa manera llegó a La Paz, donde se dedicó a la agricultura, cosechando hoja de coca. Venía de familia campesina, así que fue muy fácil adaptarse a esta nueva vida a pesar de que su neumonía no mejoraba mucho y la altura no ayudaba. Cosechó arroz para una empresa italiana donde terminó ensamblando las maquinarias. Luego se mudaría a orillas del río Beni para seguir trabajando la tierra. Ahí nació Andrés, el tercero de sus ocho hijos. Szabo Weres no tenía miedo a arriesgar y siguió moviéndose. Un día, de casualidad y buscando un clima menos hostil por su enfermedad, llegó a Puerto Pardo, el centro poblado peruano en la frontera con Bolivia, donde terminó quedándose y asentando a su familia. Su conexión con este rincón de Madre de Dios fue inmediata. Tanto así, que se curó la neumonía. En Puerto Pardo le



hicieron una dieta a base de hongos silvestres y, con algo de perseverancia, quedó completamente sano. “La selva lo salvó”, afirma Andrés. Los últimos años del señor Szabo Weres fueron muy tranquilos. Lejos del trauma de la guerra, contemplando el río, trabajando la tierra, y disfrutando de la vida en su estado más puro. Murió a fines de los años noventa a los 78 años.

TREMENDA PUNTERÍA

A los 16 años, Andrés Szabo decidió independizarse de casa y acompañó a su hermano mayor al servicio militar de Bolivia, el país donde nacieron. Al año se dio cuenta que no era lo suyo y volvió a Puerto Pardo para dedicarse a la caza. Durante los siguientes siete años, cada vez que necesitaban dinero, se internaban de tres a cuatro semanas en la selva para matar animales. “Imagínate, con facilidad veníamos con cinco mil kilos de carne seca de huangana. Las cazábamos, las despellejábamos, les sacábamos las vísceras y le echábamos sal para que no se malogren en el monte. Cada huangana seca pesa 12 kilos aproximadamente. Son más de 400 huanganas, una bestialidad. Las traíamos en canoas, al compás del río, y las vendíamos rápido en Puerto Maldonado”, cuenta Andrés, que también cazaba sajinos y tapires, y recuerda que cuando era niño la carne era lo que menos valía: cazaban por la piel, para venderla al extranjero, lo demás lo dejaban pudriéndose en el monte.

Después de muchos años, Andrés recapacita sobre la forma en cómo se ganaba la vida de joven. Le echa la culpa a la torpe combinación del desconocimiento con la necesidad. “Ahora ya no se encuentran tantos animales como antes. Hay una baja enorme, como si la tierra se los hubiera tragado”, reflexiona.

A los 28 años se casó con Matilde Cruz y tuvo cuatro hijos. Obtuvo la nacionalidad peruana y empezó a dedicarse a la agricultura sembrando arroz, plátano, yuca, como su padre. La vida en la frontera continuaba bastante tranquila, hasta que cambió su forma de ver las cosas.

EXPLORADOR NATURAL

A los 36 años conoció a Charles Munn, un biólogo conservacionista estadounidense, dedicado a la industria del turismo y que basó su trabajo entre los años ochenta y dos mil en la Amazonía peruana, brasileña y boliviana. “Él me cambió la manera de pensar. Y no por lo que me dijera, sino más que todo con su ejemplo. Nunca me voy a olvidar una vez que estábamos caminando los dos en el bosque y lancé una envoltura al suelo. Sin decirme nada, se agachó, lo levantó y siguió caminando. Con ese gesto, entendí muchas cosas”, recuerda con cariño Andrés Szabo.

Luego empezarían a trabajar durante casi 15 años juntos. Aprendió a hacer monitoreo de flora y fauna silvestre y así se empezó a ganar la vida: haciendo listas de animales y plantas que encontraba. Apuntaba la distancia, hora, lugar, cantidad. Durante los primeros años de la década de los noventa, se especializó en la zona boliviana. Fue tal su involucramiento y conocimiento de sus ríos y bosques, que toda la información que levantó fue clave para decretar el Parque Nacional Madidi en Bolivia en 1995. Luego, se lo intentaron llevar de guardaparque, pero volvió rápidamente por las malas condiciones de trabajo al otro lado de la frontera. “Esa época fue muy bonita, ya que nuestra misión era proteger el lado boliviano, porque no servía de nada proteger el lado peruano si es que no existía un corredor que asegure la conservación de todas las especies que viven ahí”, afirmó Andrés, que navegó también, por mucho tiempo, ríos inalcanzables en Ecuador, Brasil y Perú.

Recorrió las Pampas del Heath, que conoce como su propia casa. Afinó su ojo en el Manu donde también hizo monitoreo y trabajó con fotógrafos durante varios años. “Ahí aprendí bastante de los fotógrafos. Y trabajaba muy bien con ellos. Yo los llevaba donde estaban los animales para que tuvieran las mejores tomas. En muchas ocasiones, los cogía y los dejaba listos para la foto. Ahí reflexioné que más vale un animal vivo que muerto. Al vivo lo puedes cazar miles de veces con la cámara. Si lo matas, solo lo cazas una vez y se acabó todo”, habló este arrepentido depredador de huanganas.









APROVECHANDO LA CONSERVACIÓN

A fines del año 2000, el caserío de Puerto Pardo empezó a quedarse vacío. Todos los pobladores se espantaron. De las 65 familias que había, quedaron cuatro. El reconocimiento de la Reserva Nacional Tambopata asustó a todos. El miedo era ya no poder hacer chacra, ni cazar, ni hacer su vida normalmente. Sin pensarlo, decidieron dejarlo todo. “En ese momento, yo no quise abandonar mi tierra. El lugar donde crecí y que amo”, comentó Szabo. Años después, en 2011, llegaron dos personas provenientes de Ayacucho, del VRAEM (Valle de los ríos Apurímac, Ene y Mantaro), escapando del narcotráfico y de la violencia de la zona. Y los convenció de instalarse ahí. Ellos trajeron a siete familias más. Y ahora son casi 150 personas. Luego de muchas gestiones, logró reabrir la escuela primaria e inicial, así como el centro de salud. Y con mucho esfuerzo, ya había reactivado su comunidad. Y él, sin proponérselo seriamente, se estaba convirtiendo en el líder de este caserío a siete horas de distancia, en peque peque, de Puerto Maldonado.

“Todo no es solamente hacer desaparecer. Hay que enseñar a cuidar, a conservar. Si nosotros no cuidamos, ¿qué van a ver, oír, sentir, respirar, nuestros nietos? Yo quiero que ellos puedan gozar de un mundo sano. Tenemos que darle un sentido a la vida enseñando a los demás. Sé que cometí excesos, pero no tengo vergüenza de mi pasado. Aprendí. Nunca es tarde para cambiar”, dice Szabo, que actualmente tiene tres cargos en Puerto Pardo: presidente de la Junta Administradora de Servicios, presidente de la Asociación de Agricultores y presidente del caserío.

Para seguir dando el ejemplo de convivencia con el bosque, junto con su esposa Matilde, pidió al Estado una concesión castañera dentro de la Reserva Nacional Tambopata para aprovechar la castaña que producían esos árboles milenarios, que calculan tienen al menos 400 años. “Si no cuidamos la naturaleza, vamos a sufrir las consecuencias. Yo estoy a favor de la Reserva, pero primero está la vida de los seres humanos. Hay que buscar calidad de vida para la gente y, felizmente, el Estado ha comenzado a entenderlo así. Por eso pedimos la concesión y ahora eso representa

un buen ingreso para nosotros”. La época de cosecha es entre enero y abril, y esta pareja es uno de los 33 asociados que pertenecen a Ascart (Asociación de Castañeros de la Reserva Nacional Tambopata), fundada en 2001 y que, gracias a su reconocido trabajo y certificados orgánicos, vende el 98% de su producción al extranjero.

“Es cierto que todos recibimos amenazas por proteger la reserva y la Zona de Amortiguamiento. A veces tenemos temor que no vamos a amanecer vivos, como en una reunión dijo la profesora Isabel Yalico, un ejemplo para todos nosotros. Pero no vamos a detenernos. Cuando haces algo con el corazón no lo puedes dejar. Es algo que te sale de adentro”, dijo Andrés, que desde el 2012 se convirtió en coordinador del Comité de Gestión de la Reserva y la protege como suya desde la frontera con Bolivia, a pesar de que el olvido sea una constante en esta selva que llamamos Perú.







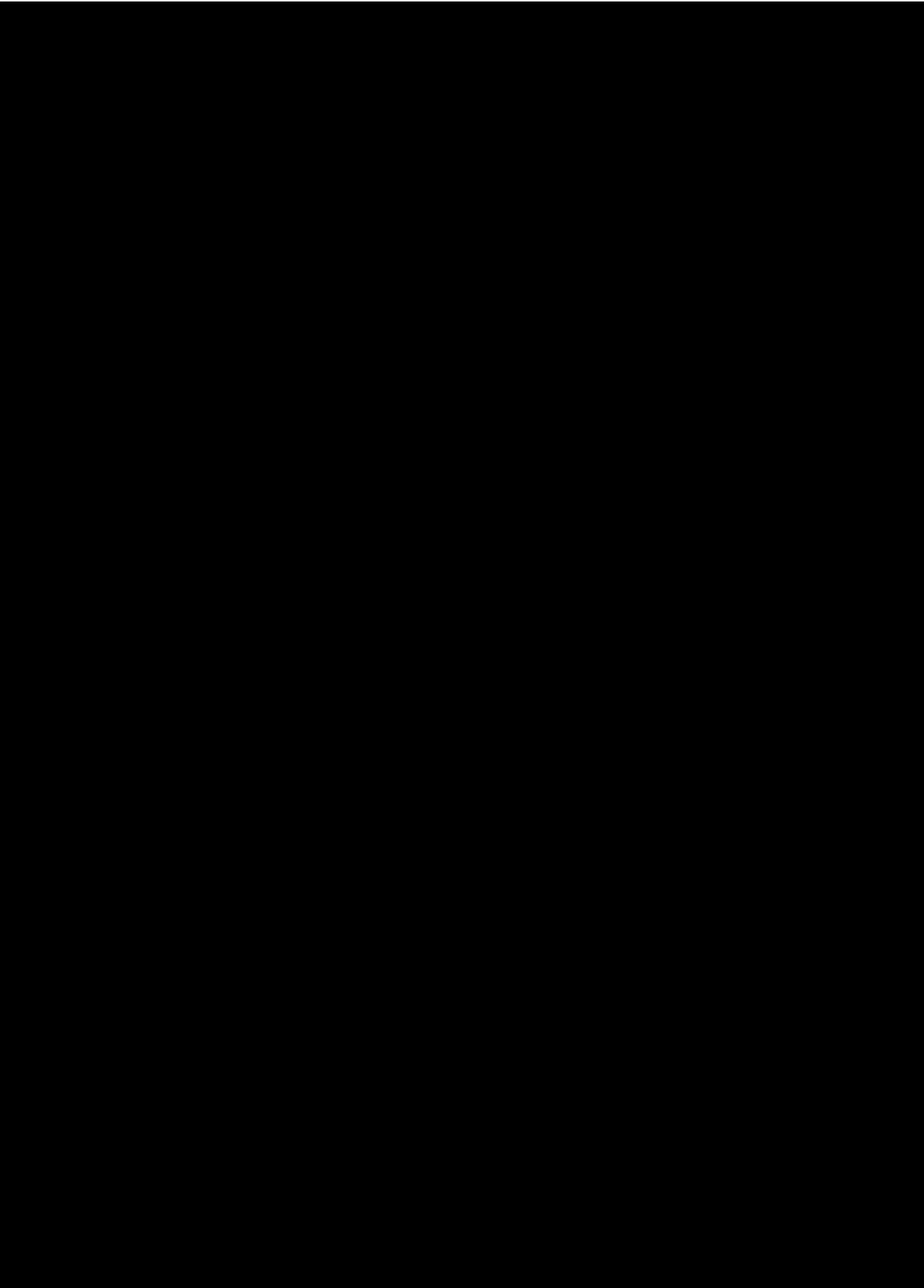












Más de 120,000 hectáreas
de bosques desaparecen en la
Amazonía peruana cada año.

MINISTERIO DEL AMBIENTE DE PERÚ

02

La fortaleza

ISABEL YALICO
COORDINADORA DEL COMITÉ DE GESTIÓN
“LA PROFESORA QUE SE ENAMORÓ DE UN BOSQUE AJENO”

Isabel Yalico renegaba con su vecino “Chapatín”, que la ayuda con su chacra. “No puedes pasar por debajo de la castaña sin casco, pues. No hay que ser imprudentes”, lo miraba mientras él cogía el fruto del árbol emblemático de Madre de Dios y le terminaba de contar cómo el coco casi le cae encima. “Chapatín” aceptaba la reprimenda con humor, así como Isabel, y asentaba la cabeza. “A ver pues, ahora ábrelo e invitémosle a nuestra visita”, dijo ella.





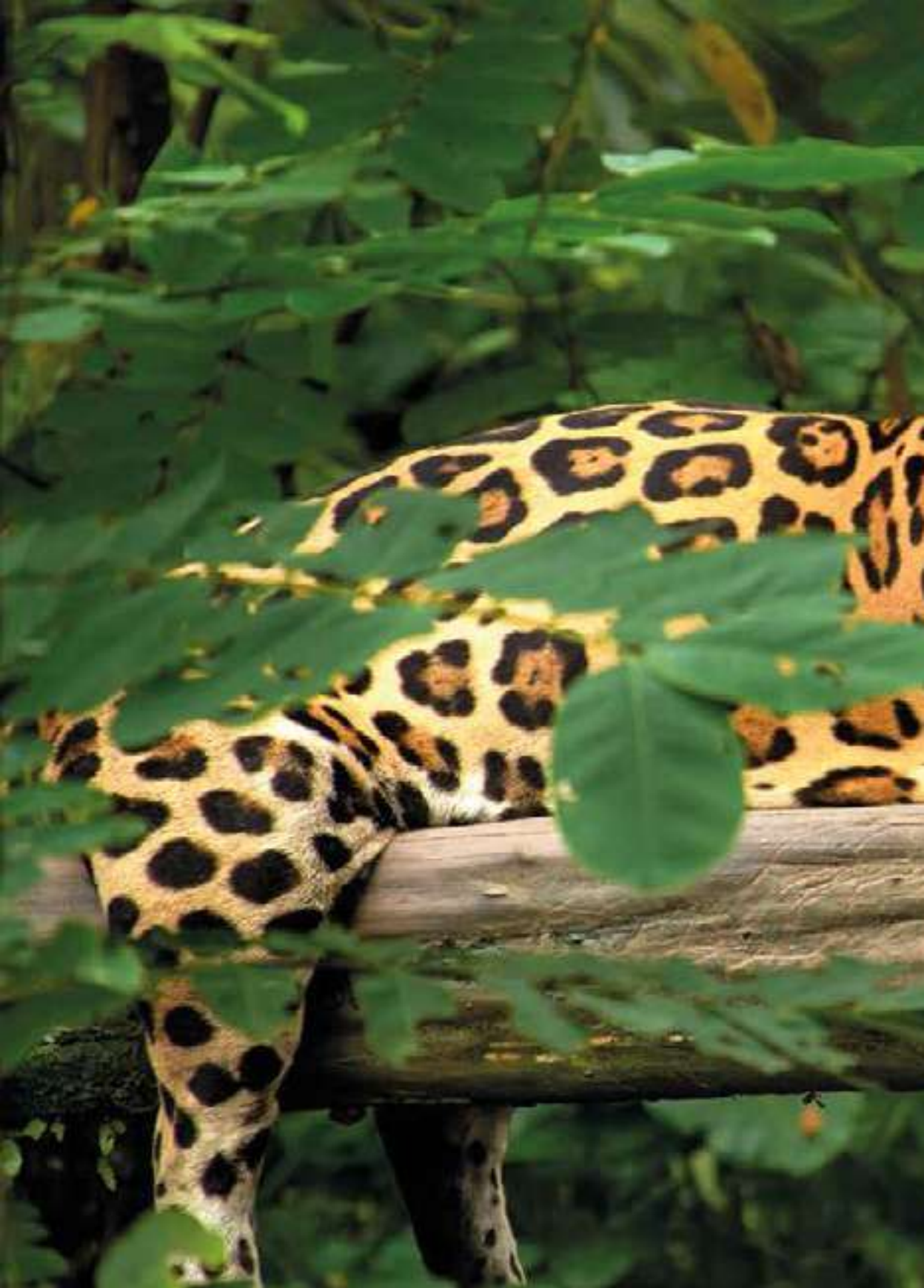
De pronto, todos los nietos fueron apareciendo como si el olor de castaña los atrajera. Niños de 5 a 12 años cogieron cuchillos y machetes para ayudarle a abrir ese duro coco. Y saboreaban cada fruto como si fueran caramelos. “No coman mucho que te afloja el estómago”, se carcajea Isabel Yalico, una mujer de casi sesenta años, que llegó hace cuarenta desde Cerro de Pasco, el pueblo más alto del país, para defender árboles y animales que nunca había visto en su vida.

A VIVIR CON EL TIGRE

A 47 kilómetros de Puerto Maldonado, al lado de la controversial Carretera Interoceánica y en la entrada al centro poblado de Filadelfia en el distrito de Las Piedras, frente a la Reserva Nacional Tambopata, está el caserío de Florida Baja. A este lugar, Isabel Yalico llegó junto con el que era su esposo hace cuatro décadas, cuando mudarse en medio del bosque era una locura. No había carretera. No había luz. No había agua. No había casi gente. Eran tan solo dos familias. Ahora son sesenta. “Pero había la paz que estábamos buscando. Empezamos a trabajar la tierra, a criar nuestros animalitos, y me puse a enseñar en el colegio”, cuenta con ilusión Yalico, que actualmente tiene su chacra seis kilómetros hacia adentro, en la zona de los huertos de Nueva Esperanza.

Esta pareja de profesores cerreños, que llegaron a tener seis hijos, escapaban de la violencia que Sendero Luminoso estaba generando en su ciudad a 4400 metros sobre el nivel del mar. Sus vecinos y compañeros de universidad iban desapareciendo y ellos no querían ser un número más. A pesar de la oposición de su familia, a sus 19 años decidió irse de ahí. Para ese entonces, ella daba clases en la escuela nocturna de la Gran Unidad Daniel Alcides Carrión de Pasco. Su mamá le decía que no vaya a la selva porque se la iba a comer el tigre. Sus tíos, primos y otros familiares, tampoco comprendían esta alocada decisión. Pero ella estaba decidida, tenía un presentimiento, y “la vida allá se volvió horrible, las balas silbaban todos los días”.











Para complacer a su madre, primero fueron a Huancayo para ver la situación y ver si se podían quedar ahí. Sintieron que el terrorismo estaba igual o peor que en su ciudad y se embarcaron a Lima. “Cuando llegamos a la capital, nos dimos cuenta que todo costaba mucho y tenías que tener plata para comer, no crece nada por allá”, cuenta Yalico, que voltea y mira a sus nietos trepar los árboles, embarrarse con fruta, lanzarse al agua, jugar con los animales, y dice: “¿Esto acaso no es la vida? Mira cómo se divierten”.

Es así que tomaron un vuelo Lima-Puerto Maldonado. Por aquel tiempo la pista de aterrizaje era una trocha y los únicos aviones que llegaban eran los Antonov que hacían la carga de las Fuerzas Armadas. “Paraditos nos vinimos todo el vuelo. Ese avión viejo sonaba duro, parecía que nos íbamos a caer en cualquier momento”, cuenta con mucha gracia ‘la profe’, como le dicen de cariño. Una vez asentada en Florida Baja, empezó a trabajar la tierra y a enseñar en el colegio. Toda su carrera docente la hizo ahí. Y así como casi todos los docentes en los lugares más alejados del país, no solo era la única profesora para toda la primaria, sino también era la directora, la psicóloga, la portera, la administradora y hasta la que arreglaba las cañerías. “La docencia es lo más hermoso que he tenido en mi vida. Me gusta la ilusión de ver crecer a todos mis niños”, recuerda esta profesora retirada hace dos años, pero que sigue siendo la guía de sus once nietos, con los que comparte sus saberes y pasión por el bosque.

UNA GUERRERA

Después de sus primeros 10 años en Madre de Dios, Isabel se separó de su esposo y luego conoció al que en la actualidad es su pareja. En todo ese tiempo, se fue empoderando. Además de ser la profesora todo terreno, se volvió una dirigente agrícola que se hacía respetar y ayudaba en todas las gestiones de la comunidad.

“Desde inicios de los noventa luché por los derechos agrícolas. A Víctor Zambrano, actual presidente del Comité

de Gestión, lo conocí cuando éramos dirigentes de la Federación Departamental Agraria de Madre de Dios y él era el presidente también. Fueron tiempos muy duros. No habían carreteras, no habían carros, todo era trocha. Nos demorábamos días en llegar, empujando en el barro. Durante días solo comíamos fariña con castaña para sobrevivir en el camino. Pero teníamos claro que teníamos que cumplir nuestra misión de lograr que la gente tenga mejor calidad de vida. Desde ahí, admiro mucho a Víctor. Es un luchador que ha ayudado al pueblo. Es como un hermano. Fuimos la base de la revolución en la región. Por nosotros se creó la Zona Reservada Tambopata-Candamo, que luego se convertiría en la Reserva Nacional Tambopata y el Parque Nacional Bahuaja Sonene. Esta es nuestra reserva y la vamos a proteger con nuestra propia vida”, dice con fuerza esta abuela a tiempo completo y que, a pesar de su edad, se sigue metiendo en líos como si fuera una chiquilla.

Frente a su chacra en Huerto Esperanza ve pasar decenas de mineros ilegales constantemente, que se dirigen hacia el sector de Filadelfia. Eso también le da miedo y le hace recordar una visita que tuvo tres años atrás. Estaba con toda su familia, descansando después del almuerzo, tranquilamente en casa. De pronto, la puerta se abrió y entraron siete mineros totalmente ebrios. “Te vamos a matar. Ustedes son los que chismosean y hablan”, le dijeron, mientras con palos y fierros intentaban romper las pocas cosas que había en su sala. Ella se quedó congelada. “Felizmente se detuvieron y se fueron, pero tuve mucho miedo, más que todo por mis nietos”.

EXTENDIENDO EL AMOR

La gente de su caserío la conoce mucho y respeta, aunque siempre están los que se ríen de ella, y dicen que es la que cuida los pajaritos a cambio de nada. A pesar de que la tilden de loca o incoherente, ella trata de seguir viviendo con la tranquilidad que siempre soñó. Cultiva maíz, cacao, castaña, plátano, yuca; y cría pollos, gallinas, cuyes y patos. Les enseña todos los días a sus nietos el valor de la tierra

y de tener un bosque en pie. Promueve que se embarren las manos y que conozcan las distintas especies de plantas y animales que los rodean. Su amor por los niños y la educación, lo extiende con su propia sangre y está viendo constantemente qué más les puede ir enseñando.

Antes de retirarse del colegio, instauró El Bosque de Niños de Ania, una asociación que tiene la misión de conectar más a las niñas, niños y jóvenes con la naturaleza para volverlos agentes de cambio en su hogar, institución educativa y comunidad. Adaptó unos de los jardines del colegio para que los chicos puedan sembrar sus plantas y así ir creando esa conexión con la tierra. “Cuando lo hicimos en el colegio, fue todo un éxito. Me encanta Ania, ya que es muy importante que nuestros hijos entiendan nuestra responsabilidad en este planeta. Es por ello que ahora quiero crear otro Bosque de Niños aquí en mi chacra para que mis nietos y los hijos de los vecinos puedan venir a seguir aprendiendo de la naturaleza”, dijo Yalico mientras hacía que su nieto menor de dos años se lance con una liana de los árboles. “Todos tenemos que aprender y jugar en el bosque”, lo soltó, voló como tarzán y cayó suavemente sobre el suelo. Todos aplaudieron y él siguió corriendo con la alegría de un niño que no tiene miedo a caer.

Su admiración por el trabajo de Víctor Zambrano hizo que aceptara sin dudar el cargo de coordinadora del Comité de Gestión. “Cuando me eligieron, vi que era esencial este trabajo y clave para proteger la Zona de Amortiguamiento de la Reserva. Cualquiera no es del Comité de Gestión. Tienes que tener esa emoción social, tienes que tener la convicción de ser. Nosotros no ganamos plata. Estamos ahí, sirviendo de algo, entregando nuestra vida en busca de un futuro mejor para todos”, dice con emoción ‘la profe’.

“Aunque seamos viejitos, seguiremos. Podemos hacer muchas cosas. Madre de Dios es un hermoso lugar. Lamentablemente las personas que están llegando en los últimos años no ven su verdadero valor”, comentó Yalico que junto a su actual esposo Segundo Isuiza, se dedican a tener en buen estado sus cultivos y animales. Por momentos tiene miedo, como todos, ya que ellos se encuentran lejos, por donde pasan constantemente los mineros ilegales y les puede pasar cualquier cosa. Sin embargo, como ella dice, “le tengo miedo a las serpientes, pero si haces bulla, se van”. Y en eso están.



En 2017, la provincia de
Tambopata tuvo la más
alta tasa de homicidios del
Perú: 29,5 por cada 100 mil
habitantes.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA
E INFORMÁTICA DEL PERÚ (INEI)

2017 fue el año donde más
activistas de la tierra y el
medio ambiente han sido
asesinados en todo el mundo.
Casi 4 por semana.

GLOBAL WITNESS















03 El coraje

DEMETRIO PACHECO

VICEPRESIDENTE DEL COMITÉ DE GESTIÓN

“EL TODO TERRENO QUE PENSÓ QUE LA MINERÍA LE SALVARÍA LA VIDA”

Demetrio Pacheco es un bonachón. Un tipo franco, directo, que te mira a los ojos sin titubear. No es nativo, ni nació en Madre de Dios, pero ha desarrollado tal amor por el bosque que entrega su vida por él. Cuando lo conoces y te cuenta su historia, no entiendes por qué sigue ahí. Cualquier persona con uso de razón hubiera dejado todo y mudado lejos. Si la vida es tan corta ¿Por qué arriesgarla tanto? ¿Por unos pocos arbolitos?





Lo mucho o poco que tiene Pacheco, lo ganó a punta de esfuerzo. Este buen tipo de 62 años no heredó nada económico ni bienes de nadie, al contrario, tuvo que hacer muchas cosas en su juventud para darse cuenta del valor de la vida y la importancia de luchar por ella. Nació en las alturas del departamento de Moquegua, en Carumas, un distrito ubicado a más de 3000 metros sobre el nivel del mar que limita con Tacna y tiene un poco más de 5000 habitantes, según el Instituto Nacional de Estadísticas e Informática (INEI). En este rincón del sur del país, rodeado de cerros verdes, profundas quebradas y aguas cristalinas, la gente se gana la vida como agricultores o ganaderos. Demetrio se pone nostálgico cuando recuerda su niñez metido en la chacra con sus padres donde tenían papa, cebada y maíz, principalmente. También cuenta con los ojos brillosos esos días en los que se sacaba la mugre arreando las ovejas, cabras, vacas, burros y caballos de la familia. Para ese momento de su vida, la selva era solo un par de fotos que recordaba de sus libros de geografía.

Cuando cumplió 18 años, no había plata para estudiar en la universidad ni para hacer un negocio. Pero él quería conocer más allá de Carumas. Es así que se enroló en el Ejército, para el servicio militar obligatorio, siguiendo la ruta por la que van las personas que no tienen muchas opciones. En ese poco más de un año que estuvo ahí, aprendió la dura disciplina. La misma que le queda hasta estos días. Se especializó en inteligencia. Despertó su curiosidad, su atrevimiento y su frontalidad. Al mismo tiempo, se volvió más desconfiado y analítico. Tiene una gran memoria. Se acuerda fechas, leyes, horas, nombres, caras. No la pasó mal en el Ejército, pero ya le había picado el bicho de seguir explorando la vida.

A LA GRAN CIUDAD

Así terminó su tiempo con el uniforme militar. Se mudó a Arequipa y se puso a trabajar para estudiar administración en un instituto local. Tenía recién 20 años, pero estaba convencido de que su misión en esta vida era saber de todo si quería progresar. Nunca le dijo que no a un empleo. Y vaya que hizo cosas.



Le ofrecieron trabajo leyéndole el periódico a un enfermo terminal en uno de los barrios más acaudalados de la Ciudad Blanca y asumió el reto sin tartamudear. Lo hacía todos los días, con la paciencia de un enfermero. Luego se convirtió en el jardinero oficial de una casona colonial en uno de los distritos más acomodados debajo del Misti. Si antes cultivaba papas y maíz, no tendría problemas con el césped, algunas flores y uno que otro arbusto a los que había que darle forma. Cuando los gastos del instituto se hacían más altos, también se volvió un artista del cuero. Durante las noches, a la luz de las velas, se dedicó a coser zapatos y llaveros de piel de vaca. Todo trabajo dignifica. Y a Demetrio Pacheco le gustaba aprender.

Sin embargo, un domingo cualquiera, caminando bajo el sol seco de Arequipa, se encontró con un compañero de estudios que de pronto había dejado de ir al instituto y nadie lo había visto en los últimos seis meses. Cuando lo recuerda, se refiere a él como: “mi primo”.

NOS VAMOS A LA SELVA

Su primo lo invitó a tomar un jugo a una cafetería cerca de donde se encontraron. Al principio no quería contar bien lo que había hecho durante su ausencia en esa mitad del año. Pacheco no sospechaba nada malo. Pero de pronto metió su mano a uno de los bolsillos del pantalón y sacó una pequeña roquita y varias láminas de oro. A Demetrio Pacheco le brillaron los ojos. “¿De dónde los sacaste? ¿Cómo puedo hacer yo?”, preguntó. “Con eso podría terminar sin problemas mis estudios”, se dijo hacia sus adentros.

Le contó sobre Madre de Dios. Una selva virgen a la que nadie llegaba. No había carreteras. No existían vuelos comerciales, solo del Ejército. Vivían principalmente indígenas y podías hacer lo que querías. “Todo está lleno de oro. Te vas unos meses y te vienes con plata. ¿Te interesa?”, le dijo el primo.

Era finales de los años 70 y Puerto Maldonado era una pequeña ciudad llena de tierra que se iba poblando con cusqueños, arequipeños, puneños y moqueguanos que iban a un lugar donde “no había nadie”. Por aquel tiempo, el camino parecía chocolate derretido. Se demoró más de una semana en llegar, en lo que hoy se haría en 14 horas. Casi 820 kilómetros para pisar por primera vez la selva y sin saber que los zancudos y mosquitos le iban a hacer leña la piel. Así empezó a trabajar con los socios de su primo. Se internó un par de veces, pero no tuvo la misma suerte. El oro no estaba por donde entraron. “O tal vez nos faltó mover más la tierra. En esas épocas, los mineros artesanales eran más conscientes. No tumbaban el bosque, solo trabajaban en las playas que se formaban al lado del río Madre de Dios, de forma tranquila, pacífica y sin hacer daño al medio ambiente”, recuerda Pacheco sus primeros días en este lugar que se volvería su hogar.

Desilusionado por no encontrar oro suficiente para vivir, sin darse cuenta, ya tenía un par de años en medio de la selva. El instituto arequipeño quedó en el olvido y empezó a mirar el bosque con otros ojos. En 1982, motivó a sus padres a mudarse a la selva, pidieron al Estado un permiso para extraer madera, en lo que luego se convertiría en su Concesión para Reforestación, y dejó la minería. “Acá hay bastante espacio para crecer”, les dijo. Y vaya que creció, no solo la ciudad, sino también Pacheco.

LA LUCHA ACTUAL

Como jugando, se fue involucrando con los problemas de la selva. Se enamoró perdidamente del bosque, de los árboles, de los animales que lo venían a visitar. “Ver crecer a los árboles y trabajar la tierra me atrajo más”, dice este moqueguano. Demetrio Pacheco es teniente gobernador de la Asociación de Productores Agropecuarios San Juan, vicepresidente del Comité de Gestión de la Reserva Nacional Tambopata y presidente de la Asociación de Concesiones Forestales de Reforestación de Madre de Dios.





Formó su familia. Es padre de cuatro hijos y está casado hace más de 30 años. Tiene las manos ásperas como lijas y duras como una pala. Demostraciones de su vida con las manos en la tierra. En la actualidad, mantiene una concesión forestal para reforestación de un poco más de 800 hectáreas, a la altura del kilómetro 70 de la carretera Interocéánica. Y ese espacio, a tan solo una hora de Puerto Maldonado, se ha convertido en su fortín de lucha.

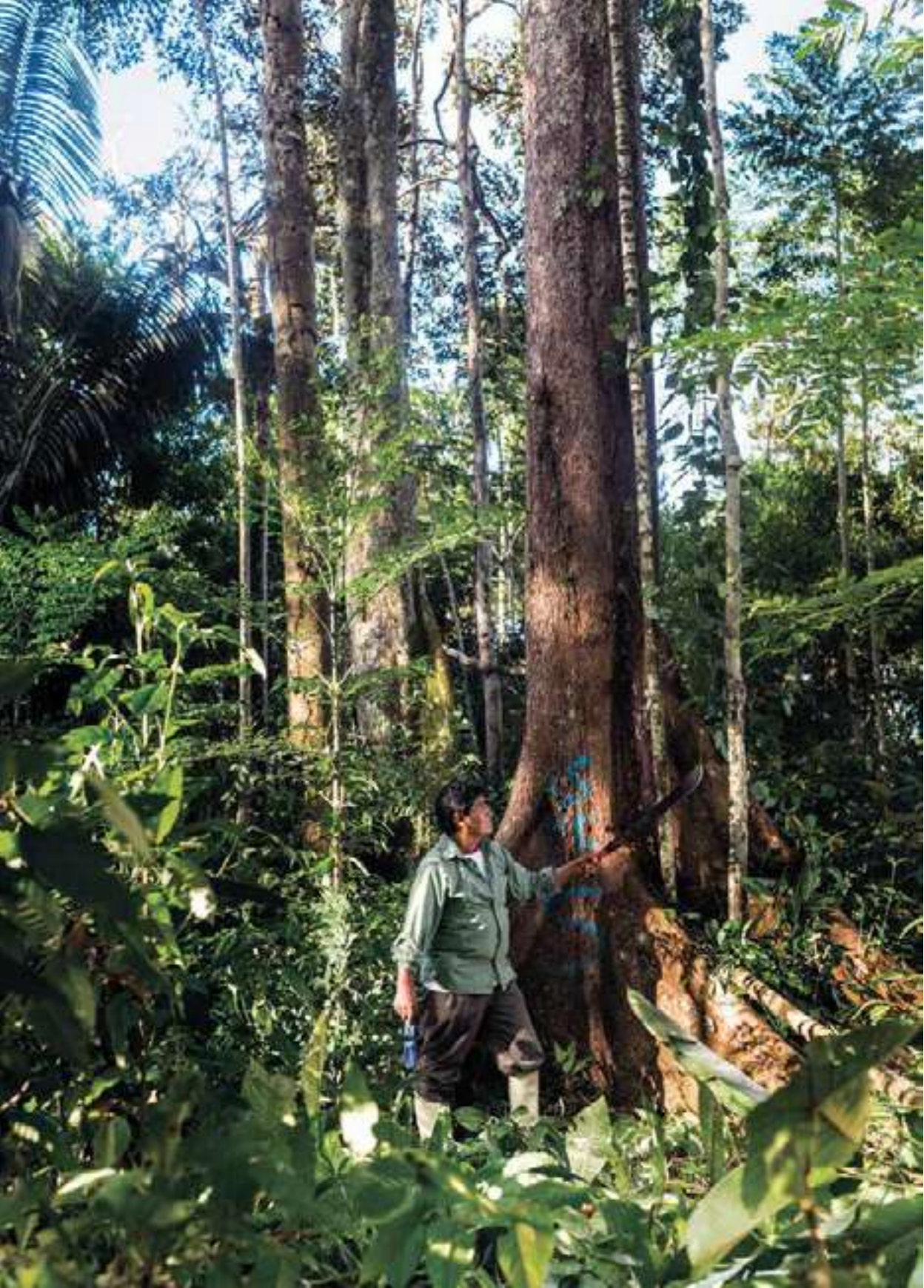
Desde 2012, Demetrio Pacheco ha denunciado las invasiones y amenazas en siete ocasiones ante la fiscalía de Puerto Maldonado. Por tala ilegal y quema de bosque primario en su concesión. Por afectación al bosque por tala de árboles de castaña (*Bertholletia excelsa*), considerada un producto bandera de Madre de Dios. Por depredación de bosque secundario y destrucción de la regeneración del bosque. Por usurpación de derechos. Pero las autoridades no le hacen caso, demoran en llegar o le ponen las clásicas excusas: “no hay gasolina”, “todos estamos ocupados”, “mañana lo vemos”. Todo lo contrario sucede cuando los invasores lo denuncian por “destruir bosque”. Las diligencias llegan en menos de 48 horas.

A Demetrio Pacheco y a su hijo Carlos les han puesto una escopeta en el pecho en su propia concesión. A Carlos le han dado una paliza cuando trató de encarar a unos invasores. Y reciben amenazas constantemente. Ingresan para destruirles sus herramientas de trabajo. Inclusive, les dejaron una bala sobre la mesa que usan como comedor en su campamento. “Si tengo que morir de algo, esta sería una buena causa”, le empiezan a brillar los ojos cuando lo dice. En su concesión, los invasores han hecho lo que han querido. Han tumbado bosque y sembrado chacras de plátano, han quemado árboles de más de 30 metros de altura, incluida la castaña que es la especie icónica de la región, hasta han construido casas para asentarse. Cuando camina por su concesión y ve todo ese desastre, los ojos se le llenan de rabia: “mira lo que han hecho”. Demetrio Pacheco está desesperado. No quiere seguir perdiendo su bosque ni tampoco su vida ni la de su familia, pero tampoco detendrá su lucha. Quiere seguir viendo

crecer sus achiguas, misas, moenas, pashacos, tornillos y castañas. No las quiere ver quemadas por traficantes de tierra que tienen el apoyo de algunas autoridades. Ya van más de siete años de lucha por un bosque que ama y en donde todavía se puedan ver sajinos, huanganas y hasta otorongos. Sin embargo, la ilegalidad, la corrupción de los diferentes niveles del Estado y la justicia, están permitiendo que esta selva se convierta en una tierra sin vida.

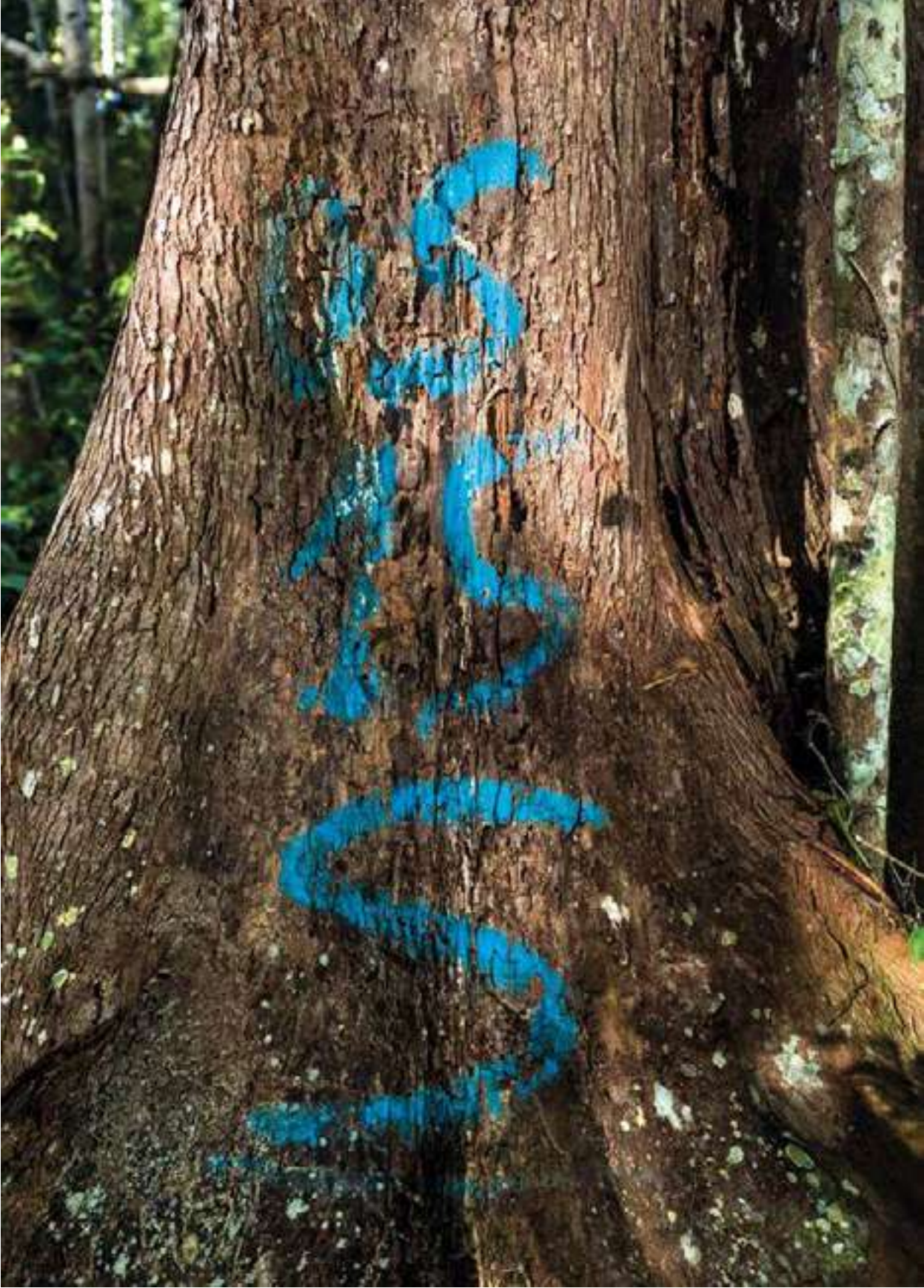




















“Les mandaban notas, iban a sus casas, amenazaban a sus familias”

ENTREVISTA A LUISA RÍOS
COORDINADORA REGIONAL SPDA - MADRE DE DIOS

Los termómetros en Puerto Maldonado marcaban treinta grados centígrados, pero el cemento te hacía sentir como si fueran cuarenta. El río Madre de Dios se ve imponente a lo lejos y unos jóvenes se refrescan debajo de los pocos árboles que hay en la orilla. Luisa Ríos, coordinadora regional de la oficina de la SPDA en Madre de Dios, a pesar de hablar de temas que la llenan de impotencia, nunca pierde la sonrisa.

¿Por qué es tan valioso el Comité de Gestión?

El Comité de Gestión de la Reserva Nacional Tambopata es probablemente el más activo en nuestro país y es una de las mejores muestras de la participación de la población local en la gestión de un Área Natural Protegida y su Zona de Amortiguamiento. Cuando estás con ellos, te hablan con un cariño enorme y mucha vehemencia sobre la conservación de la Reserva Tambopata, ya que muchos han participado en el proceso de su creación. La valoran y sienten como suya. Los amenazan, les hacen la vida difícil, pero ellos seguirán defendiéndola como a su propia vida. No son personas millonarias que hacen esto en su tiempo libre o como voluntarios, son personas que se buscan la vida todos los días y sienten que parte de su chamba diaria es monitorear lo que sucede en la Reserva y, en especial, en la Zona de Amortiguamiento.

Hay que ser bien loco para arriesgar tu vida por un bosque...

Estas personas están poniendo permanentemente en riesgo su vida y la de sus familias, por la completa convicción que tienen de que el área y su Zona de Amortiguamiento se deben de proteger, pues son su medio de vida. Y quieren que las cosas cambien y si quieres que cambien, nunca te vas a quedar callado.

Y hacerlo en Madre de Dios, donde el Estado es ausente es como lanzarse al vacío...

Madre de Dios se ha convertido en un lugar muy inseguro para los defensores de derechos. Y ellos son defensores de derechos humanos ambientales. No te voy a decir que no sienten miedo. Claro que sí. Pero a pesar de las amenazas quieren seguir monitoreando y brindando información a las autoridades. Su lucha es en busca de un mejor lugar para vivir, más saludable, sin conflictos.

¿Y el Estado peruano los respalda? ¿Qué respaldo tienen?

A nivel internacional existen mecanismos generados desde las Naciones Unidas, que los Estados firmantes tienen que cumplir, como la Declaración sobre los Defensores de Derechos Humanos. El Estado es el principal responsable de garantizar que se cumplan los derechos humanos. Cada país tiene que construir legislación que le permita cumplir con los compromisos que asumimos frente a las Naciones Unidas. Si bien desde 1998 existe una declaración de defensores de derechos humanos, a nivel regional no existía un reconocimiento para defensores ambientales, cuestión que ha cambiado con el Acuerdo de Escazú.



¿En qué consiste ese acuerdo?

Es un acuerdo sin precedentes y establece tres cosas: derechos de acceso a la información, participación, y justicia en materia ambiental. Perú ya lo firmó, pero todavía falta ratificarse para luego implementarse.

Si miramos hacia dentro, da la sensación de que los defensores de la vida están desamparados...

En Perú está pasando lo mismo que en otros países de Latinoamérica en términos de amenazas, criminalización, acoso y persecución a los defensores ambientales. Solo en 2014, según Global Witness, nosotros éramos el cuarto país más peligroso para ser un defensor ambiental. De acuerdo a la misma organización, en el 2017 casi el 60% de asesinatos a defensores ocurrieron en Latinoamérica y Perú ocupó el puesto 8. No es algo tan ligero. Si bien, de lo que más se habla es de los defensores ambientales vinculados a casos de defensa de megaproyectos, porque son los más conocidos, es importante mostrar otras caras de defensores, como la gente del Comité de Gestión de la Reserva Nacional Tambopata, que están luchando contra un enemigo diferente. Acá están luchando contra una actividad ilegal. ¿Cómo controlas a alguien que no da la cara?

Los defensores ambientales deberían ser vistos como aliados del Estado para combatir la ilegalidad...

Tú lo has dicho, deberían. Eso no ocurriría en un Estado perfecto, sin corrupción, sin barreras burocráticas, donde no importe que tan rentable sea la actividad ilegal. Hay que tomar la decisión política de abordar y luchar contra las actividades que generan riesgo para los defensores, como la minería ilegal.

¿Por qué esto último es necesario?

Te cuento el caso de Demetrio Pacheco. Los procesos son más rápidos cuando los invasores lo denuncian a él. Cuando es al revés, no proceden, no se consiguen los medios para la diligencia en campo. Es algo inaudito. Algunos fiscales no quieren ir por falta de logística o de respuesta de la policía. La policía asiste y desaparece en medio de la diligencia o, misteriosamente se encuentran solo los indicios de la actividad ilegal, pero nada de los invasores que “acaban de ser alertados” y escaparon. Todas las diligencias pedidas por el señor Pacheco han fracasado. Y siguen invadiendo su concesión, lo amenazan, le dejan una bala en su mesa, le pegaron a su hijo.

¿Por qué los invasores siguen actuando tan tranquilos?

Otro caso emblemático de Madre de Dios fue el asesinato de Alfredo Vracko, líder de la asociación de pequeños extractores de La Pampa y concesionarios de forestación y reforestación, amigo de Víctor Zambrano y que le anunció, una semana antes de que suceda la tragedia, que los estaban buscando para matarlos. Eso fue en el 2015, y ¿Acaso se ha avanzado algo con ese caso? Los culpables siguen libres.

¿Alguien está mirando realmente Madre de Dios?

En años anteriores el Estado ha invertido dinero y esfuerzo para combatir la minería ilegal en Madre de Dios. Sin embargo, los esfuerzos no han sido suficientes. Lo que el Comité ha recomendado al Estado es una estrategia integral de largo plazo en el que los sectores participen de manera articulada.

¿Cómo se detiene todo esto?

Tenemos que estar unidos para defender a los defensores de derechos humanos desde distintas organizaciones, el Estado y la sociedad civil. Tenemos que hacer visibles las luchas de los defensores y a la vez acompañar y exigir al Estado que aborde de manera efectiva los conflictos socio-ambientales que generan situaciones de riesgo para los defensores ambientales.

La idea es buscar que nuestro país sea un lugar más justo para todos y que los defensores ambientales puedan seguir con su labor, viviendo tranquilos y seguros. Y por ese motivo, la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental (SPDA) creó junto a la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), un fondo para ayudar a defensores ambientales.

¿En qué consiste?

Es un fondo que busca fortalecer las capacidades de prevención, defensa legal y autoprotección de defensores ambientales que viven en una alarmante situación de peligro. En esta primera etapa se han financiado 5 propuestas que brindará seguridad a particulares que viven en la Zona de Amortiguamiento de la Reserva Nacional Tambopata e integran el Comité de la Gestión de esta Área Natural Protegida.

¿Qué pueden hacer con el fondo?

Pueden acceder a asesorías legales enfocadas en justicia ambiental, capacitación en derechos humanos, cursos de seguridad y protección. Así como también, mejoramiento de la seguridad y comunicación de sus viviendas, con cámaras, cercos y puertas que los protejan. La idea es ayudarlos a implementar medidas de seguridad y autoprotección en su día a día.













Comité de Gestión de la Reserva Nacional Tambopata

“Nuestra principal labor es coadyuvar a que todas las actividades que se realizan en la Zona de Amortiguamiento, sean compatibles con los fines y objetivos de la Reserva. Es decir, todas las actividades que se realicen tienen que ser en beneficio de la gente y sin malograr el ambiente. Nos organizamos, monitoreamos y defendemos nuestro bosque de la actividad ilegal”

—Víctor Zambrano

PRESIDENTES

2002

César Azcorra.

2004

Benigno Herrera.

2006 - ACTUALIDAD

Víctor Zambrano.

ORGANIZACIONES

ALIADAS

Cáritas, AIDER, SPDA, ACCA,

Defensoría del Pueblo

AMENAZAS

Madereros y mineros ilegales,
traficantes de tierra.

El Comité de Gestión es un espacio de participación ciudadana de gran importancia para la gestión de las Áreas Naturales Protegidas. Está conformado por todas las personas que comprenden la importancia de conservar el medio ambiente en beneficio de su calidad de vida y del futuro de las siguientes generaciones.

Por eso, estas personas se ofrecen voluntariamente para vigilar, proteger y conservar sus Áreas Naturales Protegidas, en estrecha participación con la respectiva Jefatura del Área. Es en el cumplimiento de esta labor, que muchas personas de Comité de Gestión se convierten en Defensores de la tierra y del medio ambiente.

El Comité de Gestión es un espacio para conversar, pensar, intercambiar ideas y proponer soluciones entre todas las personas e instituciones interesadas y comprometidas con la gestión del Área Natural Protegida. Sus ideas y aportes son tomados en cuenta por la Jefatura del Área para incluirlas en los Planes Operativos Anuales, en beneficio del Área y de la comunidad.

¿QUIÉNES SON LAS PERSONAS DEFENSORAS DE LA TIERRA Y EL MEDIO AMBIENTE?

Cuando despojan a una comunidad de su tierra, talan sus bosques o contaminan sus ríos sin su permiso o, incluso sin su conocimiento, las personas no tienen más remedio que tomar una posición. En el momento en que alzan la voz en contra de esto, ya no son solo comunidades afectadas: se convierten en personas defensoras de la tierra o del medio ambiente.

Una persona defensora de la tierra o del medio ambiente es alguien que toma medidas pacíficas para proteger los derechos ambientales o de la tierra. A menudo son personas ordinarias que bien pueden no definirse como “personas defensoras”. Algunas son líderes indígenas o campesinas que viven en montañas remotas o bosques aislados, que protegen sus tierras ancestrales y sus

medios de vida tradicionales. Otros son guardaparques, que abordan la caza furtiva y la tala ilegal.

Las personas defensoras del medio ambiente y la tierra suelen enfrentarse a intereses políticos, comerciales y criminales, que se confabulan para robar sus recursos naturales.

A menudo, estas poderosas fuerzas buscan marginar a las personas defensoras calificando sus acciones de “antidesarrollo”. Muchas personas defensoras enfrentan años de amenazas de muerte, criminalización, intimidación y acoso, pero reciben poca o ninguna protección por parte de las autoridades.

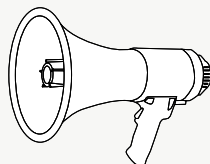
Estos activistas defienden derechos humanos internacionalmente reconocidos, como el derecho a un medio ambiente saludable, el derecho a participar en la vida pública, el derecho a protestar y el derecho a la vida. Como tales, son un subconjunto de las personas defensoras de derechos humanos que los gobiernos están obligados a proteger, tal y como establece la Declaración de la ONU sobre las personas defensoras de derechos humanos. Las empresas también deben respetar sus derechos, de conformidad con los Principios Rectores de la ONU sobre empresas y derechos humanos.

Fuente: Relator Especial de la ONU sobre personas defensoras de derechos humanos

¿QUÉ OTRAS AMENAZAS ENFRENTAN LAS PERSONAS DEFENSORAS?



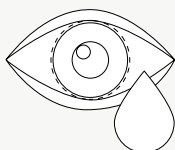
Acoso judicial



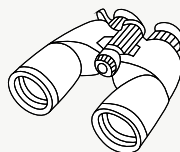
Uso de la fuerza
en manifestaciones
pacíficas



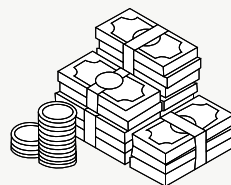
Ataques
violentos



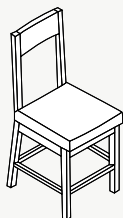
Acoso sexual



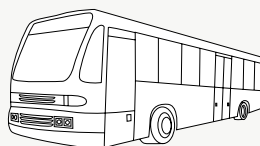
Vigilancia ilegal



Chantaje



Desaparición
forzada



Prohibiciones
de viaje



Amenazas y
ataques a la
familia

Hitos importantes del Comité de Gestión

2000

El 4 de setiembre se creó la Reserva Nacional Tambopata, con una extensión de 274 690 hectáreas.

2004

El Comité de Gestión recibe su primer fondo. Financiado por fundación MacArthur, a través de la ONG Pro Naturaleza para fortalecimiento del comité.

2010

El Comité promovió el reconocimiento de las primeras 4 Áreas de Conservación Privada (ACP) en Madre de Dios, ubicadas en el Corredor Bajo Tambopata-Isuyama. Al 2019, la cifra ha llegado a 25.

2001

En agosto se creó el Comité de Gestión de la Reserva Nacional Tambopata y del Parque Nacional Bahuaja Sonene-Sector Madre de Dios. Espacios de participación ciudadana, conformado por personas e instituciones públicas y privadas, que ayudan a coordinar una adecuada y beneficiosa gestión de la Zona de Amortiguamiento.

2006

Se ganó el segundo fondo de su historia y el primero financiado por el Banco Mundial. En esta gestión se crea el Corredor Bajo Tambopata-Isuyama.

En alianza con la SPDA, se presentó la plataforma virtual Alerta Ambiental, que permite a la ciudadanía monitorear denuncias ambientales con asistencia legal gratuita.

2014

2016

En noviembre se creó el Patronato del Comité, con el objetivo de mejorar las capacidades de financiamiento del Comité de Gestión para cumplir con sus objetivos.

2017

En junio se hizo un reconocimiento a los defensores ambientales en el Congreso de la República.

2018

El Papa Francisco visita Madre de Dios para exhortar un mayor cuidado y protección de nuestra Amazonía.

2016

National Geographic reconoce la labor del Comité de Gestión a través de la figura de su presidente Víctor Zambrano, a quien premia como Héroe de la conservación.

2017

En agosto, representantes del Comité viajaron a Bogotá para el Encuentro de Defensores Ambientales.

El Comité participó de la consulta regional con el relator especial de la ONU sobre los derechos humanos y el medio ambiente John Knox.

2018

Junto a la SPDA y Rainforest Connection, se instalaron radares en las copas de los árboles, hechos con celulares reciclados, que transmiten ondas en un radio de acción de medio kilómetro a la redonda. Estos detectan ruido y envían las coordenadas exactas a las autoridades.

“Nosotros no solo nos dedicamos a cuidar plantitas y animalitos, también vemos el desarrollo sostenible”

ENTREVISTA A JOSÉ CARLOS NIETO
DIRECTOR DE GESTIÓN DE LAS ÁREAS NATURALES PROTEGIDAS
SERVICIO NACIONAL DE ÁREAS NATURALES PROTEGIDAS POR EL ESTADO (SERNANP)

Un poco alejado del trabajo de campo, José Carlos Nieto sigue siendo una de las personas con mayor experiencia en Áreas Naturales Protegidas en Perú. Ha sido jefe del Santuario Histórico de Machupicchu, el Parque Nacional del Manu, la Reserva Nacional Tambopata y el Parque Nacional Bahuaja Sonene. Desde su oficina en Lima, recuerda sus años en Madre de Dios y analiza la situación que vive la capital de la biósfera del país.

¿Cómo se está buscando proteger la Reserva Nacional Tambopata?

Hemos creado un frente para defenderla. En 2016, tuvimos una invasión de más de 750 hectáreas. Fue un golpe muy duro para la institución y para la gente del comité. Tuvimos que coordinar con la fiscalía, la Marina de Guerra, y retrocedimos la minería, liberando más del 97% de toda esa área invadida. En la actualidad, estamos logrando asegurar y frenar este ingreso de la minería. Tenemos que mostrar que las Áreas Naturales Protegidas tienen oportunidades para desarrollar económicamente la región. Como el Manu o el Tambopata, donde tenemos las colpas de guacamayos más grandes del mundo. A su vez, en gran parte del espacio de la reserva se tienen concesiones de castaña. Nuestra política no solo es netamente de conservación, sino de aprovechamiento sostenible.

Pero a veces la gente se siente atada de manos porque siente que no puede hacer nada...

En el caso del Comité de Gestión de la Reserva, han propuesto un plan de desarrollo para la Zona de Amortiguamiento, entendiendo que hay actividad ilegal, pero que puede haber otras opciones que la gente pueda desarrollar. Como agroforestería con cacao o con copoazú, piscigranjas, turismo. Y lo vienen trabajando.

¿Cómo ayudar a proteger este entorno?

Ahora se han entregado más facultades a los gobiernos locales y regionales. Es parte de un proceso en el cual van a ir fortaleciéndose cada vez más y tenemos que apoyarnos en ellos. Siempre va a faltar una mayor articulación, pero hay muchos esfuerzos que se están viendo. Nosotros como Sernanp siempre estamos tratando de articular, dirigiendo la orquesta. Pero dentro a las Áreas Naturales Protegidas no somos el único ente competente, hay otros sectores que tienen que ayudarnos. Y si bien es cierto, nos falta mucho, tenemos ejemplos claros de articulación. Con la Dicapi (Dirección General de Capitanías y Guardacostas) hicimos retroceder la minería. Con Dircetur (Dirección Regional de Comercio Exterior y Turismo) vemos temas turísticos. Todavía en general falta que el Estado tenga más presencia en Madre de Dios.

¿Qué decirle a la gente que se siente impotente ante la pasividad de muchas de las autoridades para enfrentar la ilegalidad en la región?

Lo que pasa es que hay muchos frentes, realmente el trabajo no siempre es el ideal, pero a nosotros nos toca mostrar siempre la disposición para responder al pedido de la población. Si bien es cierto, no se puede responder con prontitud a los requerimientos de la población,



como Estado hemos dicho que vamos a recuperar el principio de autoridad y vamos a empezar por Madre de Dios. Es el mensaje que nos está dando el presidente.

¿Cómo ponerle mano dura a la ilegalidad?

Cuando tuvimos la invasión, desarrollamos distintas estrategias, hacíamos golpes, interdicciones, y luego salíamos. No nos funcionó y la minería siguió entrando. ¿Qué nos ha funcionado? Cuando ocupamos el territorio y decidimos que los fiscales y marinos se queden en los puestos de control de la Reserva. Tenemos que hacer lo mismo en la Zona de Amortiguamiento. Tenemos que realizar una etapa de interdicción contundente pero seguida de otra etapa que sostenga la intervención.

Algunos pueden pensar que para ustedes la conservación es cuidar pajaritos...

Ese tema creo que ya lo hemos cambiado. Hemos entrado a una nueva corriente conservacionista que piensa que la conservación debe de contribuir al desarrollo sostenible del país. Nosotros no solo nos dedicamos a cuidar plantas y animalitos, también vemos el desarrollo sostenible. Por eso hablamos de actividades de castaña, aguaje, ungurahui, cosas que se pueden manejar en el bosque. Hemos dejado de creer que las Áreas

Naturales Protegidas deben estar en cápsulas y no se deben tocar. Lo que te decimos es: sí, se puede aprovechar, pero bajo planes de manejo que beneficien a la gente. Tenemos que seguir trabajando en este mensaje.

¿Hace cuánto cambió esa mirada?

Este es un proceso que viene de varios años atrás, pero que en el último tiempo se va consolidando del discurso a los hechos. Como Ascart, la Asociación de Castañeros de la Reserva, que sacan sus productos y que ya le dan valor agregado. Y en otras áreas naturales también estamos avanzando, en Pacaya Samiria con la taricaya y el paiche, en Cusco con Machupicchu, o en Paracas con el turismo en la islas Ballestas. Ya hay ejemplos claros. Y también habrá otros espacios donde nos dedicaremos exclusivamente a la conservación, por el difícil acceso, como Purús, Sierra del Divisor, donde hay población indígena en contacto inicial.

Da pena que muchas veces terminemos hablando de violencia y corrupción en Madre de Dios...

Lamentablemente vende más lo negativo. Madre de Dios es la capital de la biodiversidad en el país. Más del 44% del territorio tiene estatus de conservación: el Parque Nacional Alto Purús, el Parque Nacional del Manu, la Reserva Comunal Amarakaeri, la Reserva

Nacional Tambopata, el Parque Nacional Bahuaja-Sonene. Y además hay grandes concesiones forestales y de castaña. A veces se vende más lo negativo, pero no nos damos cuenta que hay ejemplos de gente que potreros los han convertido en bosque. Esas personas son inspiradoras y esperamos que sigan cultivando su pasión en otras personas.

Luego de realizar esta entrevista, en febrero de 2019 se inició la operación “Mercurio 2019”, para erradicar la minería ilegal y sus delitos conexos en La Pampa, en Madre de Dios. Para ello están participando 1,200 policías, 300 militares y 70 fiscales.





04

La responsabilidad

NASBAT BACA
COORDINADORA DEL COMITÉ DE GESTIÓN
“LA MUJER QUE LE DIO ESPERANZA A SU PUEBLO”

Si lanzábamos un huevo sobre una piedra, seguro que se cocinaba.

El intenso sol amazónico carcome las cabezas de cualquiera rondando el mediodía. Todo a nuestro alrededor eran árboles frutales. Camiones recién llegados de Lima cargaban papayas que saciarán el hambre de los capitalinos. Una trocha de diez kilómetros se abría paso entre chacras de papaya, maíz, cacao y plátanos. Estábamos buscando a Nasbat pero no estaba y la señal de teléfono no entra. Fuimos a la chacra de su mamá.





Ahí tampoco estaba. Cuando nos disponíamos a salir al pueblo nuevamente, una motocarga se acercaba a toda velocidad por esa misma trocha. Una mujer con una energía especial manejaba con atrevimiento ese vehículo de trabajo usualmente maniobrado por hombres.

- ¿Nasbat?
- Sí.
- ¿Y ustedes?

Santa Rosa es un centro poblado ubicado en el distrito de Inambari, provincia de Tambopata, a la altura del kilómetro 123 de la Carretera Interoceánica. Viven alrededor de mil personas, descendientes de cusqueños, arequipeños, puneños o moqueguanos. La principal actividad es la agricultura, en la que están aprovechando muy bien el boom del cacao y de la papaya, que vienen a buscar con grandes camiones para llevarla a Lima. Cuesta creer que este lugar rodeado de ilegalidad no se haya contaminado por la fiebre del oro que, según el Centro de Innovación Científica Amazónica (CIN CIA), ya va deforestando más de 95 mil hectáreas de bosque. A solo diez kilómetros de ahí está La Pampa, donde la minería ilegal y toda la corrupción de todos los niveles del Estado han convertido bosques primarios en desiertos que nadie quiere mirar. Para llegar a Boca Colorado, otro gran asentamiento minero y nido de la anarquía de la zona, hay que entrar por Santa Rosa. Y lo peor de todo, dicen que ahí cerquita no más, otra actividad está ganando espacio entre la Amazonía: el narcotráfico con plantaciones de hoja de coca. La situación preocupa porque si todo sigue como en los últimos años, no habría nada ni nadie que detenga estas tragedias. Aunque, Santa Rosa promete seguir siendo el escudo frente a esta podredumbre.

TODO TERRENO

Nasbat nos invitó a pasar a su chacra. Subimos en su motocarga, y como si estuviéramos en el Dakar, esquivó árboles de plátano, saltó charcos y cruzó el barro como si manejara una camioneta doble tracción. Su temple contrasta inmediatamente con su mirada tierna de profesora



de inicial. Tiene una postura franca y el rostro bronceado por cuidar atentamente sus cultivos. Cuando era chica, las personas en Santa Rosa no tenían oportunidades para crecer económicamente. Sus padres, Guillermo Baca e Isidora Quispe, que habían dejado todo en Cusco para buscar suerte en medio de la nada, vivían gracias a unas cuantas vacas, de cortar algunos árboles para hacer sus casas y de sembrar yuca y plátano para combinar con algo de pescado o de carne de monte, y así alimentar a Nasbat (la hija mayor) y a sus tres hermanos. Ir a Cusco o a Puerto Maldonado eran odiseas de semanas para los más atrevidos. Estudiar, un lujo que en Santa Rosa pocos se podían dar.

Pero como todo joven, tenía aspiraciones. “Siempre escuchábamos de Lima, que era el lugar para crecer, donde todo hay, donde se puede estudiar, donde se cumplen los sueños”, cuenta Nasbat, que con apenas 17 años, cogió su pequeña mochila y salió en un camión hacia la capital, en una trocha que parecía haber sido hecha por el diablo. Se había propuesto estudiar farmacia y bioquímica, así que tenía que juntar bastante dinero, armar su colchón y embarcarse en esta complicada aventura de una hija de padres campesinos.

Nasbat Baca estaba ilusionada y con muchas ganas de sobresalir. Ella confiaba que nada la detendría para cumplir sus objetivos. Sabía coser, así que consiguió trabajo en una fábrica de confección de textiles en Santa Anita, la zona industrial de Lima que cruza la Carretera Central. Trabajaba de siete de la mañana a siete de la noche, descansaba a las justas para almorzar y seguir detrás de la máquina de coser. Estuvo cuatro años así, pero nunca consiguió lo que se propuso. “En Lima no se puede ahorrar. Todo cuesta. Un plátano, una yuca, un pescado. La vida no es fácil. La gente es violenta, pocos te ayudan. Trabajé todo ese tiempo en la textilera y no pude ahorrar ni un sol. Me daba cólera. Lima es pura finta”, se ríe con picardía cuando se recuerda caminando sobre esa indomable selva de cemento. Luego, cansada y desesperada por no poder ahorrar,

decidió meterse al contrabando. La joven Nasbat, con apenas 23 años, traía telas, artefactos para el hogar, relojes y computadoras de Bolivia. Se iba a La Paz, pasaba toda su mercadería por Desaguadero, el principal puesto fronterizo entre ambos países, y lo vendía todo principalmente en Puerto Maldonado y en Lima. Cuando recién empezaba en este, al parecer, fructífero negocio, la Aduana peruana le quitó todo lo que tenía, y con ello, toda su inversión. “Lo poquito que había ahorrado, se me fue. Ahí recapacité y me di cuenta que no iba a poder estudiar”, se ríe, con nerviosismo y resignación, esta mujer que actualmente tiene 35 años. Así se vio obligada nuevamente a buscar otras formas de supervivencia en un país sin muchas oportunidades para la mayoría.

Con los planes cambiados, decidió regresar a Santa Rosa con la mirada puesta en ayudar a sus papás. Sin imaginarse lo que se le venía.

DE FRENTE A LA LUCHA

Desde el 2003 los pobladores de Santa Rosa venían siendo engatusados por mineros para dedicarse a la extracción de este mineral. Algunos, a falta de oportunidades, empezaron a probar suerte en esto. “Hasta mis hermanos, con 13 y 14 años, intentaron sacar oro. Pero un día, al parecer como una señal, cuando mi madre fue a llevarles su comida a la orilla del río, mientras ellos excavaban, le cayó un árbol encima. Todos se asustaron y juraron ni más meterse en este negocio”, cuenta Nasbat, que en esas épocas luchaba en Lima por unos centavos. A sus padres los amenazaban para que entreguen sus tierras para la minería y ellos se negaban en todo momento. Cansada de esta situación que incomodaba y frustraba a toda la familia, Nasbat se empezó a enfrentar a todos ellos.

Se dedicó a trabajar la chacra. Activó los cultivos de plátano, yuca, papaya, cacao y otras frutas. En ese entonces, no existía la trocha en la que nos encontramos y la única manera de llegar era caminando. Más de dos horas







y media de ida, más de dos horas y media de vuelta. Para esta mujer aguerrida y obstinada, la chacra se convirtió en su forma de vida. Además, se volvió la cabeza de su familia cuando su padre abandonó a su mamá hace una década. “No sabía nada de la tierra. Fui aprendiendo todo, la técnica, a usar las herramientas, a manejar moto, a hacer el trabajo que era de hombres. Pero igual, yo uso las mismas herramientas que ellos, pero más chiquitas”, se ríe Nasbat, que a los 25 años empezó a ganarse el respeto de grandes y machistas. Se convirtió en la primera mujer de la zona presidenta de la Asociación de Productores de Cacao La Cumbre Inambari (APROCCI) y en una defensora a ultranza de su territorio. “No queríamos minería y ellos seguían molestando, queriendo intimidar. Me daba cólera, en especial cuando se metían con mi familia y llegaban a la casa a amenazarnos”, cuenta Nasbat Baca, que se pone seria cuando recuerda esos días de tensión. Se ganó peleas con mineros y vecinos, por oponerse a actividades ilícitas. La buscaban en su casa para presionarla para que se detenga. Pocos la entendían. Ni sus propios hermanos de la iglesia evangélica Maranatha. “Uy, siempre he metido harto lío (se ríe a carcajadas). Hasta ahora a veces no voy al culto porque siempre estoy luchando por los derechos de la gente y ya me miran feo porque dicen que no quiero que se haga nada. Pero ¿qué puedo hacer? Tengo que buscar un mejor futuro para mi hija. Por involucrarme tanto en la asociación, no me pude concentrar tanto en mis cultivos. Si vieras a mis vecinos, han encontrado su mejoría, tienen casa, camioneta, todo gracias a la agricultura. Y yo sigo sin juntar mi plata”, sigue riendo esta madre soltera.

Alrededor del 2012, comenzaron a sufrir la invasión de mineros que querían apoderarse de sus tierras. La asociación, liderada por Nasbat, actuó rápidamente, y con ayuda del Consultorio Jurídico Gratuito de la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental (SPDA) y del Comité de Gestión de la Reserva Nacional Tambopata, logró sacar a estos mineros, que iban a dañar la principal fuente de agua pura de Santa Rosa: la quebrada El Arenal, en la que hoy puede beber el agua más pura de esta zona. En un trabajo coordinado con las organizaciones, ayudó a movilizar a la Fiscalía

Especializada en Materia Ambiental (FEMA) y a la Policía Ecológica para que hagan las diligencias. Fue una de las responsables de esta gestión, por lo que sus vecinos que estaban aceptando el ingreso de la minería no la querían ni ver. “Mira lo transparente que es, es hermosa. ¡Cómo íbamos a permitir que la contaminaran! Los botamos inmediatamente”, observa fijamente el agua esta incansable mujer, que luego de trabajar todo el día en sus chacras y cuidar a su hija, abre por las noches un kiosko de caldo de gallina para intentar ahorrar algo de dinero, que cada vez es más difícil.

La Carretera Interoceánica fue abriendo camino en esta selva sin oportunidades. Si bien influyó en el crecimiento de la depredación del bosque, también ha generado ingresos para los agricultores. “Cuando se hizo la carretera, aparecieron los papayeros. Y fuimos activando los cultivos. En el 2010 se hizo la trocha que llega a las chacras y ya no me gastaba más de 5 horas caminando todos los días, sino una hora en moto”, recuerda Nasbat. Y así fue promoviendo estos cultivos entre las personas en Santa Rosa. Con la ayuda de Cáritas de Madre de Dios se fueron mejorando las técnicas y se abrieron espacio en el mercado. Mejoraron la calidad de sus productos y ahora reciben camiones que llegan de Tacna, Moquegua, Cusco y Lima para llevarse toda la fruta. Los pobladores vieron en la agricultura una mejor opción que la minería y ya nadie se dedica a la extracción de este mineral. Gracias a esta tierra, sus otros tres hermanos, pudieron cumplir los sueños que ella no. Los dos que de chicos quisieron ser mineros, estudiaron mecánica, y la última, se acaba de graduar de dos carreras: contabilidad y agroindustrias en la Universidad Nacional Amazónica de Madre de Dios (UNAMAD). Ella saca pecho por ellos, como si ella misma lo hubiera logrado.























05 El liderazgo

VÍCTOR ZAMBRANO
PRESIDENTE DEL COMITÉ DE GESTIÓN
“LOS DESVARIOS DE UN CHICO QUE SOÑABA CON SER NATIVO”

Justo cuando empezó a llover torrencialmente, su pareja, Rosa, le anunció que tenía que salir a buscar flores. Llamaron de un hotel de los caros de Madre de Dios para que les envíen un arreglo floral. Y no pueden fallar. Cincuenta soles no se pueden despreciar. Víctor Zambrano, sin dudarlo y con el paso cansino de un señor de 72 años, se puso su poncho de plástico, sacó su machete y se perdió en su jardín, o mejor dicho, en su bosque. Lo conoce de memoria y recuerda el día que fue plantando cada uno de los árboles, frutos, flores y más especies que le dan vida a uno de los espacios mejor conservados cerca de Puerto Maldonado, a orillas del río Tambopata.



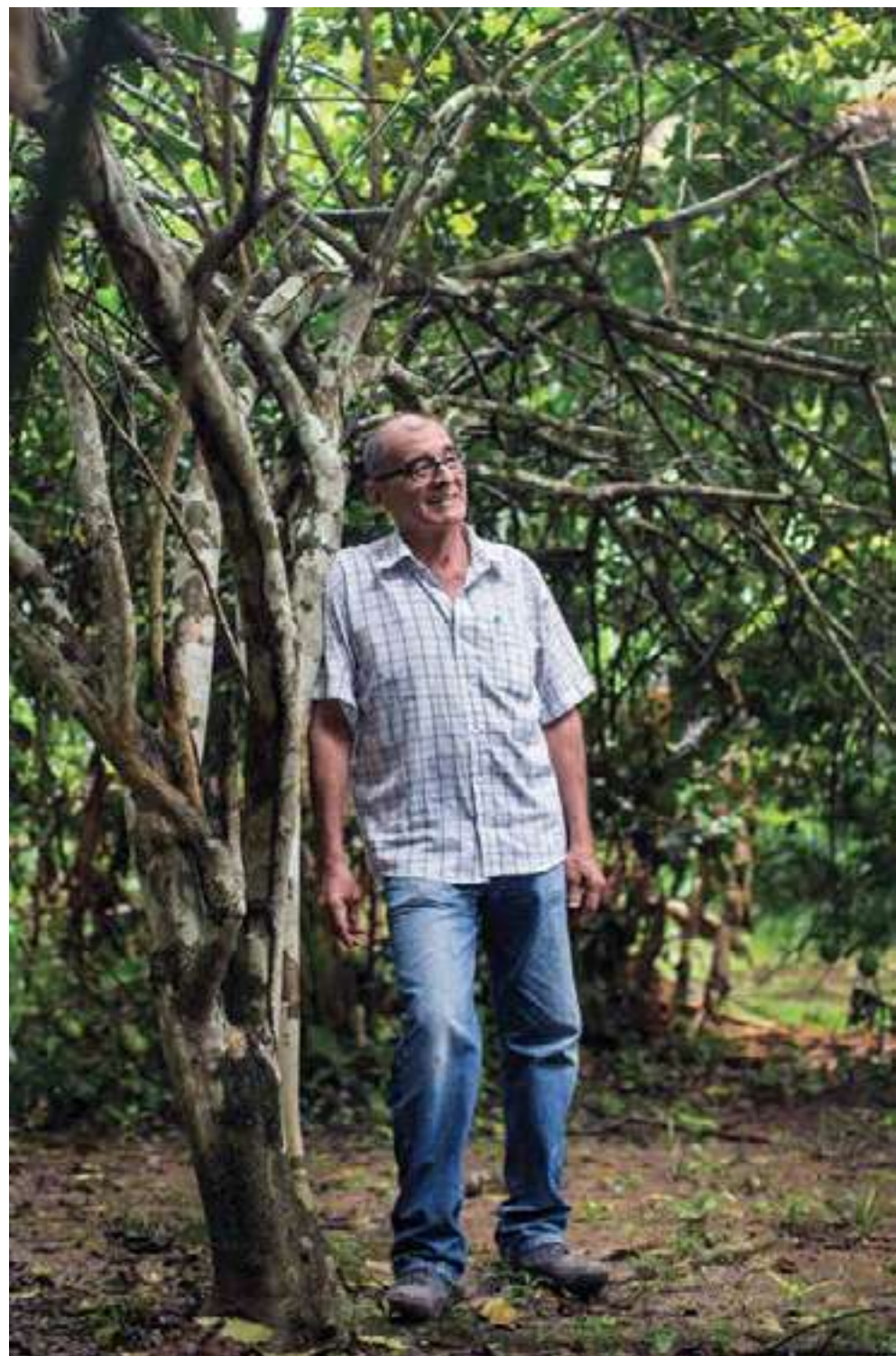


Cuando era niño, este lugar se llamaba Fundo Dina, en honor a su hermana mayor. Eran ocho hijos de un aduanero cusqueño y una ama de casa arequipeña que decidieron echar raíces en medio de la selva. Todas las semanas, el pequeño Víctor veía cómo los nativos ese día cuadraban sus canoas llenas de fruta para vender en Puerto Maldonado. Y comenzó a ver en ellos a sus ídolos. Si ahora los niños quieren ser como Paolo Guerrero o Leonel Messi, Víctor quería ser como Ramelo, el curaca de la comunidad de Palma Real. Regresaba del colegio sin camisa, sin zapatos y con el pantalón arremangado, en honor a ellos, a pesar de los gritos de su madre. Soñaba con vivir rodeado de animales y sentía que no encajaba en las convenciones sociales de una ciudad, que por esas épocas, tenía sus calles de tierra. Él trepaba los árboles, se lanzaba al río y trataba de imitar los gestos o miradas de sus amigos nativos. Se enamoró de esa conexión que ellos tenían con el bosque, de su naturalidad, de su amor.

Sin embargo, para su mamá la vida iba más allá. Víctor tenía que estudiar, trabajar y ser una persona de bien. Lo mandó a Huacho para que terminara la secundaria y luego se convirtió en Infante de la Marina de Guerra del Perú. Pero no hubo día sin soñar con su canoa, el río y su bosque. A mediados de los ochenta, decidió dejar las armas y volver a donde siempre fue feliz.

MISIÓN IMPOSIBLE

Era 1986 y viajar por el Perú era solo de locos o atrevidos. Y llegar a Madre de Dios era como irte a África. Pero el amor pudo más. Cuando Víctor fue a ver el Fundo Dina, ese robusto bosque del que tenía recuerdo, era una pampa, sin árboles, sin plantas, donde las vacas pastaban bajo el rostizante sol amazónico. No lo pudo creer, pero en lugar de lamentarse o irse a otro lugar, se propuso volverlo a la vida, su alma se lo pedía a gritos. Y no fue nada fácil. Su primera misión fue sacar a las decenas de invasores que estaban en su terreno. Este personaje, acostumbrado a la batalla, tuvo que luchar como Rambo en sus primeros capítulos. Cuando recuerda esas anécdotas, Víctor se ríe, “me creían loco”. Con el torso desnudo y pantalones



cortos, cogió un cuchillo de cocina y se empezó a cortar el pecho, gritando cosas que ni él se acuerda. Los sesenta ilegales se pusieron pálidos y no tuvieron reacción. Los corroteó con todo el cuerpo ensangrentado y gritando como un desquiciado, mostrándoles todo lo que era capaz de hacer para proteger su lugar. Después de ello, solo los veía pasar de vez en cuando tímidamente por detrás de su cerca, sin siquiera pretender acercarse o mirar hacia dentro.

Con esa gente fuera de su lugar, su segunda misión fue eliminar todo ese pasto y darle vida otra vez a esa tierra seca. A punta de machete y obstinación fue sacando todo. Para un militar retirado de 40 años, era una tarea complicada pero no imposible. “Nadie me cree que ese era yo y aquí al frente no más”, cuenta Víctor mientras nos muestra una foto de un atleta con todo el cuerpo marcado como de gimnasio, parado sobre un pastizal. Ese era él y ese pastizal, el bosque que hoy conserva. Una vez que se deshizo de toda esa mala hierba, sembró leguminosas para llenar de nutrientes el suelo. Luego de dos años, esa tierra infértil se empezó a recuperar. A partir de ahí, fue sembrando metódicamente mil árboles por año, durante más cinco lustros. Más de 25 mil plantas, y se acuerda de cada una de ellas.

EL CONSERVACIONISTA

La semana anterior a la lluvia torrencial, vientos huracanados tumbaron algunos árboles cerca de la casa de Víctor y Rosa y dañaron el techo de las habitaciones que construyeron para recibir a sus visitas. “Tuve que contratar gente y tumbiar esos árboles. Eran un peligro. Ya le he dicho a Víctor que deje de sembrar, al menos cerca de la casa”, dice, con una sonrisa, Rosa. Durante los días en los que hicieron ese trabajo duro, Víctor se tuvo que ir. “No podía verlos siendo cortados, tenían más de 10 años.

Pero bueno, había que hacerlo. La seguridad es lo principal”, dijo Zambrano con pena por la desaparición de unos seres queridos. Cuando uno lo escucha hablar con esa ternura, no se imagina que ese mismo señor le hace frente a la minería ilegal, arriesgando su propia vida, recibiendo amenazas y hasta peleándose con sus puños, solo por su amor al bosque, a la vida.

En la actualidad, este lugar ya no es solo un fundo, sino que recibió el reconocimiento del Estado como Área de Conservación Privada (ACP), y dejó de llamarse Dina. Ahora es conocido en todo Madre de Dios y el mundo como K'erenda Homet, en honor a su última hija con Rosa, que significa luminoso amanecer, la primera palabra en lengua ese eja y la segunda en harambuk, en homenaje a sus amigos nativos que le inculcaron, sin querer queriendo, ese amor por la vida. “Ella es la que me va a seguir los pasos. Tiene ese mismo amor por el bosque que yo”, cuenta Víctor mientras señala dos árboles de más de 15 metros de alto. “Los planté el mismo día que nació K'erenda, en honor a ella”, dijo con emoción el ganador del Premio National Geographic de Liderazgo en Conservación 2016, que fue catalogado por la crítica internacional como héroe, junto a Makala Jasper de Tanzania.

Toda la orilla del predio de Víctor Zambrano está llena de ronsocos o capibaras, los roedores más grandes del mundo, que suelen andar en grupos de 10 o hasta 30. Los monos pichicos, maquisapas y otras especies más, llegan todas las mañanas para coger toda la fruta que pueden de los alrededores de su casa en el kilómetro 2.7 de la carretera Tambopata Isuyama. Los otorongos también merodean para capturar uno que otro ronsoco. Los tapires o huanganas también suelen hacerles su visita a Rosa y a Víctor. Eso no les molesta, aunque se lamentan cuando algunos animales traviosos logran entrar a la cocina por las noches para llevarse el desayuno del día siguiente. “Siempre soñé con vivir rodeado de animales”, dice este chico que siempre quiso ser nativo y que recibe todos los años más de mil doscientos estudiantes de colegios de Lima y Puerto Maldonado para inculcarles el amor por la naturaleza y la importancia de la conservación.

SIN MIEDO A LUCHAR

Desde que regresó a vivir a Madre de Dios y lo creían loco, ha trabajado intensamente como dirigente de la Federación Agraria de Madre de Dios, siendo uno de los impulsores del establecimiento de la Reserva Nacional Tambopata y del Parque Nacional Bahuaja Sonene. Y luego, lideró el







Comité de Gestión de la Reserva Nacional Tambopata, hasta la actualidad. “La reserva es mía. La voy a proteger hasta la muerte. Me amenazan, y ¿qué puedo hacer? ¿Esconderme? A estas alturas de mi vida, no”, habló el presidente del Comité de Gestión en los últimos doce años, con el corazón y las tripas en la mano.

Este ex infante de Marina parece no tenerle miedo a nada. En noviembre de 2015, recibió la llamada de su amigo Alfredo Vracko, por entonces presidente de la Federación de Concesionarios de Forestación y/o Reforestación de Madre de Dios (FEFOREMAD), con quien luchaba por erradicar la minería ilegal en La Pampa. “Estamos en la lista. Tenemos que cuidarnos”, le dijo antes de colgar Alfredo. Una semana después, Alfredo Vracko fue encontrado baleado en su propia casa. Han pasado más de tres años y nadie dice nada en Madre de Dios. Ni la justicia, ni la policía, ni nadie. Como si no hubiera pasado nada. “No me voy a amilanar. Voy a seguir luchando por el bosque, que es lo que nos da vida a los seres humanos. Lo que nos da comida, lo que nos da aire, lo que nos da paz”, afirma cuando le pregunto si tiene miedo. “Nosotros estamos muy bien organizados. Nos comunicamos todo el tiempo y sabemos lo que está sucediendo siempre en la Zona de Amortiguamiento y en la Reserva misma. Somos los primeros que nos enteramos, pero muchas veces las autoridades no quieren hacernos caso. Por ejemplo, ahora nos están informando que un grupo de mineros ilegales está ingresando por el sector de Filadelfia”, saca su *smartphone* y sentencia que “esta tecnología nos ayuda a hacer mejor nuestro trabajo”.

La lluvia no se detiene en Puerto Maldonado, pero eso no para nunca a Víctor Zambrano, acostumbrado a los climas más hostiles. Termina de cortar más de una decena de flores que en otros países valdrían cientos de dólares

para hacer un ramo de cincuenta soles. “Vivo humildemente. Con limitaciones, con mis errores, pero tranquilo”, luego se sacó el poncho y guardó su machete. Tenía que alisarse, en unos días volaría a Lima para seguir exponiendo todos los problemas y amenazas que viven los defensores de la vida en Madre de Dios. Y su caso es tan solo uno de muchos que no tienen voz.

















Alfredo Vracko fue asesinado en noviembre de 2015 por no ceder ante las mafias de Madre de Dios. Hasta la fecha no se encuentra al culpable.

























Defensores Ambientales, historias de lucha
en Madre de Dios

© Reservados todos los derechos SPDA

Edición: Sociedad Peruana de Derecho Ambiental

Producción general y textos: Jack Lo Lau

Edición fotográfica: Giancarlo Shibayama

Fotografías: Giancarlo Shibayama / Thomas Müller
(Pág. 14, 28, 62, 68, 80, 89, 104, 132, 157, 170) /

Diego Perez Romero (Pág. 38, 168, 106, 120).

Corrección de estilo: Alexandra Bustamante

Diseño: Vera Lucía Jiménez Araujo

Sociedad Peruana de Derecho Ambiental

Presidente: Jorge Caillaux

Director Ejecutivo: Pedro Solano

Directora del Programa de Biodiversidad y Pueblos

Indígenas: Silvana Baldovino

Prolongación Arenales N° 437, San Isidro – Lima.

Teléfono (01) 612 4700

www.spda.org.pe

Impresión: Negrapata S.A.C.

Jr. Suecia 1470, Urb. San Rafael, Lima 01

Primera edición, mayo 2019

Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el Depósito legal en la Biblioteca Nacional del
Perú N° 2019-05608

ISBN: 978-612-4261-41-1

Impreso en Perú, setiembre 2019

Impreso en papel ecológico, fabricado con
fibras 100% libres de cloro provenientes de
almidón de papa (cubierta), papel reciclado
prensado (cartón) y fibras de eucalipto y
reciclado postconsumo (páginas). Cuentan
con certificación FSC, ISO 14001 (Sistemas
de Gestión Ambiental) e ISO 9001.



Fuente: www.arjowiggingsgraphic.com





ISBN: 978-612-4261-41-1



9 786124 261411